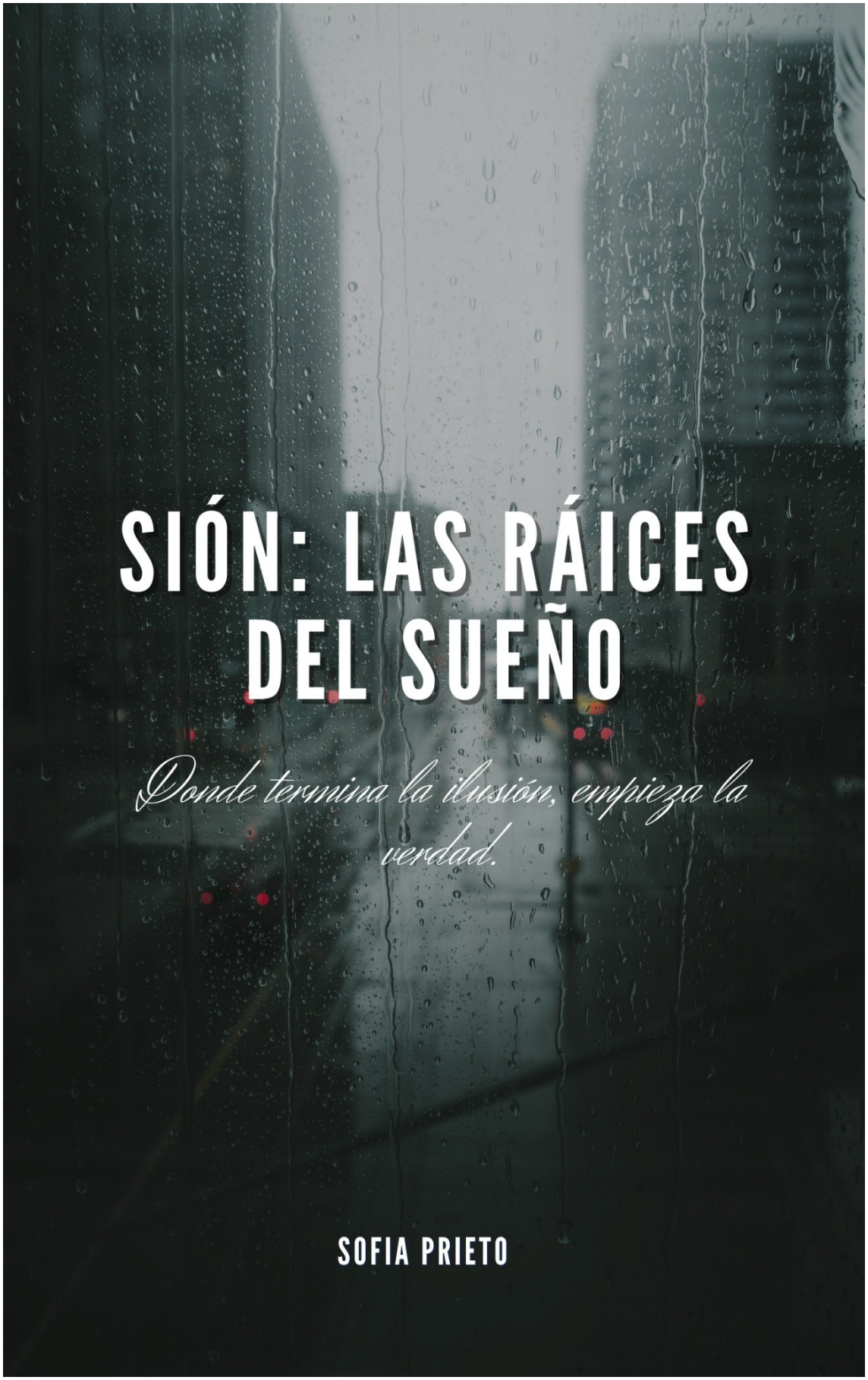
SIÓN: LAS RÁICES DEL SUEÑO
Donde termina la ilusión, empieza la verdad.
SOFIA PRIETO

Prólogo

Dicen que Sión respira, que cada torre cristalina y piedra antigua guarda un latido. Que bajo las cúpulas donde la luz brilla y se pronuncian juramentos arcanos, existe un pulso más hondo, uno que no pertenece ni a los Herederos ni a sus dioses. Pocos son los que hablan de aquello que realmente vive en sus entrañas: el eco de las decisiones que se toman en silencio, y las sombras que nacen de algunos gobernantes.

Porque Sión no se sostiene solamente sobre una simple arquitectura humana. También descansa sobre los temores de sus habitantes a la “gente de arriba”. Mientras la ciudad despierta con el resplandor que emana del subsuelo, hay otro fuego que arde de forma distinta, pero cuyo nivel de frecuencia es tan bajo que es casi imperceptible.

Yo descendí a este lugar, buscando entender el significado de la vida, y al mismo tiempo, algo llevado por la adrenalina de buscar en sitios oscuros y húmedos. Lo que encontré allí fue el secreto mejor guardado de la humanidad: la única y auténtica ciudad humana que queda en el mundo.

Han pasado 2.000 años desde que finalizó la temible tercera Guerra Mundial. Las grandes potencias destruyeron la tierra casi por completo. Fue en una de las veces que estaba investigando por casa, cuando descubrí unos papeles. Hablaban de un gran proyecto secreto llamado “Proyecto Génesis”.

No tuve mucho tiempo para preguntar que era ese proyecto.

Empezaba a llover de nuevo, pero esta vez…

Iba a oír con más cautela, el sonido del agua.

Capítulo 1 – Elías Romero: Viviendo entre las luces no solares.

Me desperté con un zumbido que no me resultaba extraño, era un sonido que oía cada mañana. Era un murmullo eléctrico que vibraba a través de las paredes blancas y lisas de mi habitación. Era un sonido frío y constante, como el latido de una máquina que nunca se queda sin energía. Afuera, la ciudad de arriba (la única que pensaba que existía) se extendía en un horizonte interminable de torres de cristal y autopistas suspendidas, iluminadas por los generadores de plasma.

Detrás de esa luminosidad, existía otro mundo totalmente diferente. Desde la ventana de mi ático veía los niveles más bajos de la ciudad sin tener que salir de casa (era el heredero de una de las familias más importantes de 2K- Chicago, una ciudad creada y conectada por inteligencia artificial, después de la destrucción ocurrida por la 3ª Guerra Mundial). La familia Romero tenía relaciones con la familia Winchester, la famosa familia que ayudó en el negocio armamentístico gracias a sus rifles.

Debido a mi conexión con esta familia tuve problemas para socializar, tanto en mi época estudiantil, cómo finalmente en la época laboral. Me gradué con máximos honores en la Universidad de 2K – Chicago, con el grado de Periodismo. Cuando llegó el momento de hacer las prácticas, lo pasé bastante mal. Nuestro jefe era un

borracho que se metía con todos nosotros, pero en especial conmigo, ya que él conocía mis relaciones con los Winchester, y quizá algo más que nunca me quiso contar.

Debido a mis malas experiencias que viví durante las prácticas, decidí crear mi propia agencia periodística. ¿En qué me especialicé? Bueno, la respuesta es bien sencilla… Desde que era niño, he vivido atraído por las artes oscuras y esotéricas, por lo que me dediqué a recopilar y documentar tanto en periódicos, revistas, libros e incluso podcasts, todo aquello relacionado con estos temas: la parapsicología, artes oscuras, magia negra, fenómeno ovni…

Después de varios años, lo que empezó como cualquier otra copistería de la ciudad, en un ambiente suprademitado a la inteligencia artificial, mi negocio se transformó gracias a estas nuevas disciplinas en todo un éxito. Pasé del formato escrito a lo audiovisual: entrevistas, espectáculos, conferencias, videos míos visitando lugares encantados. E incluso, gracias a un amigo que trabajaba con la policía, conseguí los permisos necesarios para hacer tours en esos lugares sin sufrir problemas legales después.

Otro día comenzaba en K2-Chicago. Me levanté despacio, notado como mi cuerpo se movía con algo de esfuerzo; llevaba unos días sintiéndome mal, como si el aire que respirara me hiciera enfermar. Y, de hecho, lo pensé en algún momento. Siempre había tenido una mente muy abierta y creía en las teorías de la conspiración. Una de mis favoritas era que el mundo como los conocíamos había cambiado después de la Tercera Guerra Mundial. Se hablaba de una élite que controlaba a los ciudadanos (ahora organizados en categorías conocidas como LEVELDS), que mediante armas biológicas e incluso

químicas, mantenían el control de la natalidad y la prosperidad de los levelds más bajos.

Yo pertenecía a un leveld medio (más o menos estaba entre el cuarto y el sexto). Esta categoría de los levelds se reservaba para aquellos que, en algún momento de su vida, ya sea él mismo o su familia, hubiera tenido relación directa o indirecta con el negocio de la familia nuclear. Con respecto a los otros levelds, este tenía muchos más beneficios: un lujoso piso en el ático de los mejores edificios de la ciudad, medicina avanzaba, servicio de inteligencia artificial integrada en el piso… Aunque es cierto que a pesar de tener esas comodidades no éramos como los que tenían la suerte de vivir en los altos levelds. La diferencia en infraestructuras, coches, inteligencia; era demasiado evidente. Lo único que sí que compartíamos era un nuevo medicamento creado por las mejores empresas de medicina del mundo. Con este medicamento hacías que tu sistema inmune sobreviviera a los cambios biológicos y climáticos que había sufrido la tierra debido a la radiación provocada por las armas nucleares.

Me levanté de la cama y fui a la cocina, cogí la taza de café y pedí a mi IA “M.A.R.K.” (cada una se llamaba de forma diferente y estaba personalmente creada para cada uno de nosotros. Dentro de su interfaz estaban nuestros gustos, etc…), mi café favorito. No tardó mucho en hacerlo. Me acerqué a mi ventana panorámica y M.A.R.K. me mostró en los paneles las imágenes de la gente que estaba en los levelds más bajos, los parias de la sociedad, básicamente. “*Patéticos*”, pensé en mi mente.

Me serví un vaso de agua y tomé el bote de pastillas, lo único que nos mantenía a los nuestros con vida en este mundo contaminado,

aunque ni las cúpulas de oxígeno-X, servían para eliminar los posibles efectos secundarios en nuestro cuerpo ante la radiación. Estas pastillas ayudaban a frenar esos efectos, al igual que una particularidad en nuestros pisos: **los filtros de aire**. Cuando sonaban las alarmas por radiación (bien por precipitación en forma de lluvia ácida o porque la humedad se elevaba de los levelds más bajos y ascendía a donde estábamos nosotros), se cerraban y se accionaban los generadores de oxígeno-X.

Después de unas horas, ya cambiado, salí de mi apartamento. En unos pocos minutos estaba en la estación central de K2-Chicago. Estaba en plena hora punta y todos los transbordadores estaban a rebosar de gente. Nunca me había sentido muy a gusto con tanta gente a mi alrededor, creo que me he acostumbrado al silencio de las casas y hospitales abandonados.

Después de una hora o dos, más o menos, llegué a mi segundo hogar. Mi empresa de periodismo, donde tenía trabajadores (mejor dicho, compañeros) y podía ser mi propio jefe. Saludé a los demás, cogí el segundo café del día y me encerré en el despacho. El día planeaba ser atareado; tenía algunas llamadas por atender, reuniones para futuras conferencias, preparar mi programa de esa noche para mi podcast de misterio "**Crónicas de la Noche**". Pero a pesar de tener tantas cosas, jamás me sentiría cansado por ella, es lo que me fascinaba.

Capítulo 2 – Luces y Sombras

El día continuaba en mi empresa, una que gracias a Dios estaba floreciendo. Lo que la diferencia a otras editoriales es que yo me

atrevía a romper las bases de la realidad, rozar la frontera entre la vida y la muerte… Verdaderamente era un trabajo gratificante, lleno de riesgos, por supuesto; pero gratificante.

El día pasó con lentitud; si bien es cierto que los de nuestro leveld no teníamos que cumplir ningún horario concreto de trabajo, teníamos que estar un mínimo de 12 horas en nuestro puesto de trabajo. A decir verdad, me gustaba quedarme hasta tarde, ya que podía centrarme en otras cosas sin importancia de mi trabajo: planear nuevos proyectos, responder las preguntas del último podcast, etc.…

Después de un largo día, volví con el transbordador a casa. Cuando llegué a la estación central, noté que el tiempo estaba empezando a cambiar; había un olor a humedad en el ambiente; no quedaba mucho para que empezara a llover.

No tardé mucho en llegar al piso. M.A.R.K. me comunicó que estaba empezando a llover y cerró cualquier ventana que aún pudiera seguir abierta. Había una razón muy importante para esto: por culpa de la guerra nuclear, la lluvia se había transformado en lluvia ácida, ya que mares, océanos y lagos se habían contaminado por la radiación.

Y aunque los de nuestro leveld estaban tomando las pastillas, no era una medicina fiable y todavía estaba en período de prueba, por lo que aún era posible tener efectos secundarios por los elementos que formaban la pastilla o por la misma lluvia; por lo que el gobierno recomendaba no arriesgarse a mojarse.

Esa regla me parecía algo absurda, amaba la lluvia. Ahora solo podía quedarme sentado frente a mi ventana, mirando como las gotas se deslizaban sobre el cristal. Recordaba mi infancia, esos maravillosos días en nuestra villa al oeste de Texas, en pleno desierto.

Era un sitio maravilloso, nuestro jardín tenía más de 10.000 hectáreas y nuestra casa era literalmente una mansión. Nunca nos faltaba de nada, tenía todo lo que un niño de 10 años podía desear. Bueno, menos una cosa: el amor de un padre. Mi padre era un alcohólico que no sólo maltrataba a mi madre, sino que también a mí.

Recordé esa noche, un día antes de nochebuena, donde mi felicidad se transformó en dolor. Salí del colegio y cuando llegué a casa oí gritos. Fui corriendo hacia la entrada de la casa y vi como mi padre lanzaba a mi madre por las escaleras. Corrí hacia ella, pero era tarde, había muerto por el impacto.

Mi padre me miró con frialdad, aunque una sonrisa cruzaba su rostro. Su mirada me decía "Ahora tú". Me tensé y salí corriendo fuera de la casa. Mi padre me persiguió, tropecé y por un momento pensé que iba a atraparme.

Y entonces, llegó mi milagro. Katherine, mi mejor amiga. Tanto ella como sus padres sabían cómo era mi padre, sabía lo abusivo que podía llegar a ser, sobre todo cuando bebía.

Katherine me cogió suavemente de la mano y tiró de mí. Ambos corrimos hasta el coche de sus padres. Antes de que mi padre

pudiera llegar a nosotros, el padre de Katherine puso en marcha al coche y me alejé de la casa que una vez llamé hogar.

Volví de ese recuerdo y una lágrima cayó por mi mejilla.

Me di una ducha gratificante y me metí en la cama hacia las once de la noche. Tuve un sueño reparador, pero hacia la madrugada un ruido me despertó, bueno; más bien un susurro.

Abrí los ojos y a pesar de que recién me había despertado, traté de concentrarme para oír mejor cualquier ruido que pudiera oír en la habitación. Después de unos minutos, traté de volverme a dormir y de ignorar esos susurros.

Y al principio esos susurros se apagaron, pero después volvieron otra vez y la segunda vez fue imposible. Me cambié de ropa, la que solía usar normalmente para irme de “excursión”: pantalones de camuflaje, camiseta negra y unas zapatillas de montaña. Guardé algunas cosas básicas en la mochila y salí del edificio.

Lo que más me tranquilizaba es que durante la noche toda inteligencia artificial se desconectaba e incluso los generadores de energía que iluminaban la ciudad se desconectaban también. Gracias a esto sabía que M.A.R.K. no podía avisar a la policía (aunque cada uno de nosotros tenía su propia IA, era cierto que las inteligencias artificiales solo servían a ellas mismas).

Salí al pasillo y entré a los ascensores. Cuando llegué al sótano, donde se encontraban los garajes, no salí por ahí. Con mis conocimientos en hackeo, descifré la contraseña para abrir la puerta que llevaba a los antiguos túneles, ahora cerrados después de la guerra.

Cuando la abrí, un dulce olor me llenó los pulmones. Cogí rápidamente mi filtro personal de oxígeno-X. Respiré hondo, noté mi fuente personal e inagotable de oxígeno-X, y entré en los antiguos túneles.

Encendí la linterna de plasma y caminé varios metros, me arrastré otros más y por un momento perdí la fe en que encontraría algo. Pensé en dar la vuelta y volver al piso, pero entonces, lo oí de nuevo… El susurro.

- Elías…

Me di cuenta de que ahora ya no era mi imaginación; alguien verdaderamente me estaba llamando. Alcé mi mirada y vi una luz blanca. Por un momento pensé en las historias que contaba la gente sobre el túnel de luz que veían cuando iban a morir, y yo pensé que me estaba muriendo, pero no… estaba vivo y respirando.

Me acerqué a la luz blanca y por un momento mis ojos se cerraron ante la cegadora luz, pero una vez que me acostumbré, vi algo que me dejó sin palabras. Una ciudad similar a K2-Chicago, pero bajo tierra, con ríos, montañas, árboles… En el centro de la ciudad había

una gran torre blanca que conectaba a una cúpula. Me recordó a como Lidenbrock, el personaje de ficción creado por Julio Verne en “Viaje al centro de la Tierra”, quiso mostrar lo que vio en el centro de la Tierra: “un terrario, un mundo a miles de metros bajo otro”.

Dudé antes de seguir adelante y me adentré en la ciudad. Unos minutos después de entrar, mis pulmones colapsaron y me desmayé. Cuando desperté horas después estaba en una habitación blanca, parecida a la de un hospital y no había nada aparte de las máquinas de monitoreo y una gran ventana.

Estaba conectado a una bombona de algo que parecía oxígeno que ponía O+, estaba recibiendo oxígeno puro. La puerta de la habitación se abrió y entró una mujer que parecía una sacerdotisa. Su voz me resonó familiar, era la voz que me había estado llamando horas antes.

- Elías, I ma Ared, esters ashore.

Por un momento la mire con confusión, no sabía en que idioma estaba hablando. La mujer sonrió suavemente y me dijo, en un perfecto castellano.

- Lamento el haberte confundido. Los neófitos no suelen entender nuestro idioma. Soy Ared. Te he encontré hace unas horas, tus pulmones no se han acostumbrado al oxígeno puro. Más ahora, tu cuerpo está aguantado a la exposición, aunque deberás tomarte estas pastillas para contrarrestar los efectos.

Yo cogí el bote algo dudoso. Pensé en una de mis películas favoritas, Matrix. Me sentía como Neo y pensé que dentro iban a ver las pastillas roja y azul de la película. Ared me sonrió.

- Tranquilo Elías, aquí en Sión, nadie controla a nadie. La Élite de arriba busca controlar a los humanos con su medicina avanzada, su inteligencia artificial, y mandan su mensaje a través de esos libros y películas.

Vi el libro de Viaje al Centro de la Tierra sobre la mesa al lado de mi camilla. Lo miré y pasé los dedos por el lomo.

- ¿Incluido este?

- No… - dijo Ared. – Ese es uno de los pocos libros cuya historia habla de la resistencia a creer en un mundo que todos los demás creyeron imposible. Verás, si recuerdas, la gente del museo y del club pensaban que Lidenbrock estaba loco, por sus ideas radicales sobre la existencia de un centro de la Tierra, así que decidió liberarse de esas ideas y descendió por el cráter del Snæfellsjökull y finalmente, encontró el centro de la Tierra.

Mis manos volvieron a pasar por el lomo del libro. Era fascinante… Por un momento pensé en lo mucho que Neo y Lidenbrock estaban relacionados, ya que ambos se liberaron de un pensamiento crítico y conservador. Lidenbrock bajando por el cráter hasta el centro de la Tierra y volviendo a salir por el Vesubio, y Neo tomando la pastilla roja.

Después de unas horas, mi cuerpo estaba perfectamente equilibrado con los niveles de oxígeno puro, por lo que me dieron el alta. Salí de la habitación y Ared me guio por los pasillos hacia la calle.

Me hizo un recorrido por la ciudad y después me enseñó uno de los altos edificios que había en la ciudad. Subimos a un ascensor hasta la planta trece y allí me enseñó mi apartamento. Era un ático de dos plantas, con grandes ventanales. Un mayordomo robot limpiaba las ventanas para dejar entrar la luz. Tenía vistas a las montañas (sí, aquí en Sión había montañas, bosques, ríos…), aunque podía ver la torre blanca.

Ared me dijo que me dejaría unas horas solo en el apartamento para arreglarme. El coronel del Ejército de los Herederos de Sión me esperaba a las once horas, cero minutos. Yo asentí y me preparé para mi cita, aunque todavía no entendía nada de lo que estaba pasando.

Minutos antes de la hora acordada, estaba en la entrada de mi edificio. Ared estaba allí y sin decir nada, me llevó hasta el edificio del ejército de los Herederos de Sión. Ared me había dicho que el coronel me esperaba, pero yo no lo conocía, aunque el parecía conocerme. Después de unos minutos andando el gran edificio del ejército apareció frente a nosotros.

Capítulo 3. Cuando la frecuencia respira

Entre con Ared en el edificio. Noté que ahí la energía era diferente, pero no solo la energía, todo en general: las paredes del edificio

estaban excavadas en la roca, no había luces de plasma, sino de una energía diferente, casi angelical.

Mientras cruzábamos lo que parecía un patio de entrenamiento de una escuela militar, que lo era, vi frente a mí, algo que me dejó sin aliento por unos segundos. En el centro de una plataforma de entrenamiento, parecido a un ring de boxeo, había una pareja. Ambos se movían con rapidez. Aunque Elías se fijó en la chica, se movía con gracia, pero fuerza, chocando con la energía de él.

Alguien seguía sus movimientos de cerca con una media sonrisa de orgullo. Ared me dijo que era el coronel Maeron, que a pesar de ser el "jefe" estaba sometido a las órdenes de ellos dos: los capitanes de élite y los mejores soldados de los Herederos.

La voz del coronel resonó en la sala, firme, pero con un toque de cariño hacia ellos.

- Kael… Sube más los brazos. Ataca al cuello.

El chico, que ahora tenía nombre, se distrajo por un momento y la chica lo tumbó con un movimiento rápido y doloroso en el ring. El gruñó bajo ella, e hizo un movimiento diciendo que se rendía.

El coronel sonrió.

- Gran trabajo, Lyss… Como siempre.

Lyssandra sonrió y tendió una mano a Kael. Cuando sus manos se juntaron, noté la calidez con la que se cogían, estaba claro que eran algo más que compañeros. El coronel notó nuestra presencia y se giró.

- Ared. ¿Es el neófito?

Iba a hablar ante el asentimiento de Ared, pero la voz de Kael resonó en la sala.

- Genial… Otro novato al que entrenar.

Lyssandra le dedicó una mirada y un suave golpe en el hombro.